

CUANDO EN EL CENTRO ESTÁ ÉL: TERESA DEL NIÑO JESÚS (ALENÇON 1873-LISIEUX 1897)

ANTONIO M. NAVAS

El 30 de Septiembre de 1897 moría Teresa del Niño Jesús en el Carmelo de Lisieux. Esto quiere decir que falta poco para que se cumplan cien años de su fallecimiento. A pesar del título dado a su primera biografía, «Historia de un Alma», la historia de Teresa no es propiamente la historia de un alma, sino la historia de una mujer. Porque pocas personas han llegado a ser tan adultas como ella, a pesar de que no pasó de los 24 años. Se le puede aplicar con especial propiedad lo que dice el libro de la Sabiduría: «Vejez venerable no son los muchos días, ni se mide por el número de años»¹. De ella se puede afirmar sin titubeos: «Maduró en pocos años, cumplió mucho tiempo» (Sab 4, 13). No sería pequeño homenaje a esta gran mujer intentar descubrir lo mejor de lo que Dios le concedió, no sólo para ella misma, sino para los que la hemos admirado a través de sus escritos².

El hecho de que su camino particular se haya conocido como «infancia espiritual» no ha contribuido precisamente a que fuera tomada en serio por la gente «seria» de la espiritualidad. El diminutivo «Teresita», con el que ella se llama a sí misma, tiene un cierto tinte empalagoso que ha servido de repelente para muchas personas. Como remate, algunas semblanzas de su vida, bañadas literalmente en almíbar, han desvirtuado una realidad muy honda, muy dura y muy apasionada, que ha ayudado a no pocas personas a encontrar un camino

¹ Sab 4, 8. Las traducciones de la Sagrada Escritura están tomadas de la *Biblia del Peregrino*, traducida por L. Alonso Schökel, Ega-Mensajero, Bilbao 1993.

² En realidad el legado de Teresa del Niño Jesús no se limita a sus escritos, ya que se completa con los dichos recogidos por testigos de su vida, en especial en los momentos en que ya no podía escribir. Todos los documentos fundamentales están editados en español en una edición a la que vamos a referirnos cuando sea necesario citarlos. Este volumen está encuadrado en una colección titulada *Maestros espirituales carmelitas*, de la editorial Monte Carmelo, de Burgos, y su título es: TERESA DE LISIEUX, *Obras completas*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 1984.

hacia Dios que no parecía al alcance de cualquiera que contara solamente con el bagaje de su buena voluntad.

Suficientes ingredientes como para un desastre

Cuando se entra a fondo en la biografía de Teresa se lleva una sorpresa bastante grande respecto a la vida que le tocó vivir. Su figura ha sido presentada con tonos tan amables que resulta extraño descubrir que las cosas no fueron para ella de color de rosa. En un período relativamente corto, como el que suponen los 24 años de edad, se le acumularon contrariedades con suficiente empuje como para haber derribado a un árbol con menos raíces que las suyas.

Ya con cuatro años quedó huérfana de madre, teniendo que buscar refugio en su hermana Paulina como sustituta. Este contratiempo hace que la familia se tenga que trasladar de Alençon a Lisieux, con lo que se rompe también el cuadro de su primera infancia, aunque hay que reconocer que ella se lo tomó casi como un juego³.

Dos o tres años después tiene un fuerte presentimiento sobre la enfermedad y eclipse de su padre, en el momento en que más había volcado en él el cariño que ya no podía volcar en su madre⁴. Con nueve años ve cómo su madre adoptiva, su hermana Paulina, ingresa en el Carmelo de Lisieux, dejándole, como secuela, una tristeza tan inmensa, que la expresaba de esta manera:

«Creo que si el mundo entero se hubiera derrumbado a mi alrededor, no me habría dado cuenta. ¡Miraba el hermoso cielo azul, y me maravillaba de que el sol pudiese seguir brillando con tanto esplendor, cuando mi alma se sentía inundada de tristeza!...»⁵.

A esto se añadió la sensación de haberla perdido para siempre, lo que desembocó en un continuo dolor de cabeza y una postración tan acusada, que su propio padre llegó a creer que iba a volverse loca o a morirse⁶. Por si fuera poco empieza a sufrir con la impresión subjetiva de haber fingido su enfermedad.

Con catorce años su padre sufre un ataque de parálisis, que será la señal de un declive rápido que hará sufrir mucho a Teresa por lo entrañablemente unida que se sentía a él. Su propia toma del velo, con la ausencia de su padre y de todas las personas que le resultaban más entrañables, hicieron de ese día un día «velado por las lágrimas» en el que «todo fue tristeza y amargura», aunque «la

³ Ver TERESA DE LISIEUX, *Obras completas*. Manuscrito A: Manuscrito dedicado a la reverenda madre Inés de Jesús, 61. (A partir de ahora, para simplificar, citaremos este volumen como *Obras*).

⁴ *O. c.*, 73-76.

⁵ *O. c.*, 87.

⁶ *O. c.*, 88-90.

paz, siempre la *paz*, se hallaba en el fondo del cáliz»⁷, paz que no la abandonará en la última visita de su padre al Carmelo, ni en su posterior fallecimiento.

Por si faltaba algo, ya dentro del Carmelo, Teresa experimentó el sufrimiento hasta límites difícilmente soportables, y menos por una persona tan mimada, en apariencia, como lo había sido ella. La crisis sería de salud, que le anunciaba la enfermedad de la que moriría, y la noche de la fe, que durará hasta su muerte, dejarán claro que su fibra no era la de una niña mimada, sino la de una mujer recia, capaz de afrontar lo más duro por amor a Jesús. Todo lo recibe como regalo que corresponde a su ofrenda a su Amor misericordioso, con la lucidez de quien sabe ver el verdadero don de Dios en el privilegio que supone poder sufrir por su amor. Por eso no es extraño que escribiera un par de años antes de su muerte:

«¡Qué misericordioso ha sido el camino por donde Dios me ha llevado siempre! *Nunca* me ha hecho desear cosa que luego no me haya concedido. Por eso su cáliz amargo me ha parecido delicioso...»⁸.

Lo realmente sorprendente de tal acumulación de contradicciones es que Teresa no se haya sentido impulsada a abandonar a Dios, cuando tantas personas lo hacen por motivos de menor entidad que los que ella habría podido aducir para un ruptura semejante. Es sencillamente increíble que el desastre interior que se produce, con tanta frecuencia, en la vida de tantos seguidores de Jesús, no se haya producido en su vida, cuando se le acumularon las tribulaciones hasta el punto de dejarla sola ante el vacío, o mejor, ante Él.

Siguiendo una voluntad distinta de la propia

Un elemento decisivo a la hora de explicarse este prodigio reside en la precocidad con que Teresa entendió que la clave de todo residía en hacer la voluntad de Dios:

«Mi corazón está lleno de la voluntad de Dios. Así, cuando se le echa algo encima, no penetra en el interior; es una nada que resbala fácilmente, como el aceite, que no puede mezclarse con el agua. Me quedo siempre con una paz profunda en el fondo, que nada puede turbar»⁹.

Todos sus escritos martillean una y otra vez este punto irrenunciable para quien quiere progresar en el espíritu. Cuando tantas personas inician el camino de la santidad (o de la perfección), creyendo que lo hacen por Dios, pero luego se sienten decepcionadas y frustradas porque no dan la talla con la que habían

⁷ O. c., 200.

⁸ O. c., 186.

⁹ *Obras*, Últimas conversaciones: I. «Cuaderno amarillo» de la madre Inés, 899.

soñado, Teresa recorre a gran velocidad el camino de la aceptación incluso de la propia incapacidad, como se ve en esta carta a su hermana María:

«Comprended que para amar a Jesús, para *ser* su *víctima de amor*, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, tanto más cerca se está de las operaciones de este amor consumidor y transformante. El solo *deseo* de ser víctima basta, pero es necesario consentir en permanecer siempre pobres y sin fuerzas, y he ahí lo difícil, porque «dónde encontrar al verdadero pobre de espíritu?» «Hay que buscarle muy lejos», dijo el salmista¹⁰.

El secreto, como dice Teresa, está en *permanecer* en la propia indigencia *siempre*, aceptándola como parte de la voluntad de Dios sobre nosotros. Porque es muy corriente ver personas dispuestas a darlo todo por Dios, menos la posibilidad de contar con bienes espirituales, como si se tratara de un tesoro irrenunciable desde todo punto de vista. Es sorprendente que una persona tan joven como Teresa intuyera lo difícil que es esta postura de *absoluta falta de todo a los ojos de Dios*, puesto que muchas personas no se dan cuenta de que la pobreza más insoportable para una persona es la que incluye el verse sin valor a los ojos de Él. Teresa, sin embargo, considera una fortuna inapreciable el verse absolutamente desvalida para todo lo que importa realmente: para amar a Dios y a los demás. Y como presente que Dios nos quiere mostrar nuestra auténtica talla para que pongamos toda la confianza en Él, acepta su propia nada como parte fundamental de la voluntad de Dios sobre los que se dejan transformar por Él.

Consecuente con la conciencia que tiene de su incapacidad, contó siempre con el Señor para todo, sin atreverse nunca a tomar iniciativas por su cuenta:

«...No quisiera pedir nunca a Dios sufrimientos mayores. Si Él los aumenta, los soportaré con placer y con alegría, pues vendrán de Él. Pero soy demasiado pequeña para tener fuerzas por mí misma. Si pidiese sufrimientos, serían sufrimientos míos, que tendría que soportar sola, y nunca he podido hacer nada enteramente sola»¹¹.

Lo curioso es que esta confesión de invalidez espiritual trasluce una sabiduría poco corriente entre quienes pretenden discurrir por las vías del espíritu.

Para evitar los inconvenientes de su propia incapacidad, Teresa dedicó toda su vida a hacer lo que Dios quisiera. Lo hizo de una manera tan consciente que se atrevió a afirmar en Julio de 1897, el mismo año de su muerte: «Dios tendrá que satisfacer todos mis caprichos en el cielo, porque no he hecho nunca mi voluntad en la tierra»¹².

¹⁰ *Obras*, Carta a sor María del Sagrado Corazón (17 de Septiembre de 1896), 590.

¹¹ *Obras*, Últimas conversaciones: I. «Cuaderno amarillo» de la madre Inés, 942.

¹² *O. c.*, 894.

A pesar del aparente descaro de semejante afirmación, no hay que olvidar que está hecha el 13 de Julio, con la conciencia clara de que estaba a punto de morir, como se puede constatar en sus conversaciones de los días anteriores¹³. Así, declaraba haber seguido siempre una voluntad distinta de la propia: la del mismo Señor para quien pretendió vivir en exclusiva.

¿Salud o enfermedad? ¿Vida o muerte?

Sería impropio plantearle a Teresa semejantes disyuntivas sin conectarlas a su personal relación con Dios. Cuando en el centro de su vida está Él, asentado firmemente con el consentimiento de ella, no sería concebible que se decidiera por alguno de los extremos en litigio, sin volver la mirada hacia Él, antes de decidirse por algo en concreto. En Junio de 1897, año de su muerte, la madre María de Gonzaga empieza una novena a Nuestra Señora de las Victorias, para obtener la curación de Teresa. La reacción de ésta muestra que agradece el detalle pero que, más que la misma enfermedad o salud, le importa lo que Dios quiera de ella:

«Al empezar la novena os decía, Madre mía, que era necesario, o bien que la Santísima Virgen me curase, o bien que me llevase al cielo, pues me parecía muy triste para vos y para la comunidad tener que cargar con una joven religiosa enferma. Ahora, acepto estar toda mi vida enferma, si eso le complace a Dios; y hasta me resigno a que mi vida sea muy larga. La única gracia que deseo es la de que un día mi vida se vea rota por el amor»¹⁴.

Lo mismo se refleja en las conversaciones recogidas por la madre Inés:

«Acepto permanecer así, como estoy, hasta el final de una larguísima vida. Si le place a Dios, acepto aun verme «atacada por la gripe»»¹⁵.

Respecto a la muerte su actitud es la misma que respecto a la enfermedad. No es que la prefiera, ni la rechace. Simplemente: sólo desea lo que Dios quiera. Aunque llega a percibirla como una liberación de sus sufrimientos, no la incluye entre sus deseos por esa razón, sino porque intuye que Dios lo quiere:

¹³ Bastarán como ejemplo sus palabras del 11 de Julio: «...Una gran paz en mi alma... Mi barquilla ha sido puesta a flote. Sé que no me recobraré, pero estoy resignada a seguir enferma varios meses, el tiempo que Dios quiera». Previamente había recitado una poesía (*Obras, Últimas conversaciones*: I. «Cuaderno amarillo» de la madre Inés, 892), que empezaba así:

«...Mis días están contados,
la tierra voy a dejar,
Voy a decirlos adios
sin esperanza posible
de volver»

¹⁴ *Obras*, Manuscrito C: Manuscrito dirigido a la madre María de Gonzaga, 251.

¹⁵ *Obras*, Últimas conversaciones: I. «Cuaderno amarillo» de la madre Inés, 867.

«...¡qué contenta estoy de morir!... Sí, soy feliz, no por verme libre de los sufrimientos de aquí abajo [...], sino porque veo claramente que es ésta la voluntad de Dios»¹⁶.

En realidad la muerte entra en su vida como un elemento más de los que Dios puede desear para ella y como tal la acepta:

«Nunca pedí a Dios morir joven, me habría parecido cobardía; pero Él se ha dignado darme, desde mi infancia, la persuasión íntima de que mi carrera aquí abajo sería corta. Así pues, sólo el pensamiento de que cumplo la voluntad del Señor es la causa de toda mi alegría»¹⁷.

El hecho de que, al final, la muerte se le presente acompañada de un desamparo especialmente doloroso, la hará dudar sobre cómo afrontarla, pero no sobre el mismo hecho de hacerlo, como se ve en este comentario suyo de dos meses antes de morir: «No sé cómo haré para morir... ¡Ah, qué abandonada estoy! ¡Como Dios quiera!»¹⁸.

Esto lo lleva tan grabado en su interior, que sorprende a su hermana Inés con una respuesta absolutamente personal, alejada de los tópicos teresianos, cuando ella le pregunta si prefiere morir a seguir viviendo:

«¡Oh, Madrecita mía, no prefiero una cosa a la otra! No podría decir como nuestra Madre santa Teresa: «que muero porque no muero». Lo que más me agrada es lo que Dios prefiere y escoge para mí»¹⁹.

En todo lo dicho llama especialmente la atención la ausencia de metas ideales sobre cómo vivir la enfermedad o la muerte. No se siente movida a «imitar» a nadie. Y no porque se sienta superior. Simplemente, ha comprendido que la santidad no consiste en obtener grandes logros, sino en aceptar lo que nos viene de Dios.

La ilusión por hacerle agradable la vida a Dios

Si Teresa no se ha perdido en los laberintos por los que suele discurrir la búsqueda de la perfección propia, es porque su impulso la ha llevado a ser buena con quien tan bueno estaba siendo con ella. Visto, como vimos antes, que no se inclina por salud o enfermedad, vida o muerte, en asuntos de tanta trascendencia, por seguir en todo lo que Dios quiera de ella, no tiene nada de particular que eso se manifieste en montones de asuntos de importancia menor.

¹⁶ *Obras*, Carta al abate Bellière, 9 Junio 1897, 638.

¹⁷ *O. c.*, 651-652.

¹⁸ *Obras*, Últimas conversaciones: Últimos dichos de Teresa. Recogidos por Sor María del Sagrado Corazón, 1028.

¹⁹ *Obras*, Últimas conversaciones: I. «Cuaderno amarillo» de la madre Inés, 975..

Siente el impulso de vivir para Dios, aceptando el que ni siquiera Él lo advierta, mostrando así que su amor es realmente desinteresado y noble, hasta el punto de saber contentarse con amar, sin exigir la correspondencia normal que todo amor postula:

«Si, por un imposible, ni el mismo Dios viese mis buenas acciones, no por eso me sentiría en modo alguno afligida. Le amo tanto, que quisiera poder complacerle sin que Él mismo supiera que soy yo. Sabiéndolo y viéndolo, está como obligado a pagármelo; no quisiera causarle esa molestia...»²⁰.

En la misma línea se expresa varios días después, añadiendo un tono de picardía juguetona, que encaja perfectamente dentro de su espiritualidad, inspirada tantas veces en los niños. Intenta superar una decepción propia, si se produjera, por no contristar a la persona que le ofrece un regalo. En este caso el regalo sería la otra vida, de la que se ha hecho una idea tan alta, que teme verse decepcionada cuando llegue el momento:

«Preferiría permanecer en un estado de esperanza eterna a sentirme decepcionada. En fin, pienso, ya desde ahora, que si no me encuentro bastante sorprendida, aparentaré que lo estoy por complacer a Dios. No habrá peligro de que le muestre mi decepción; sabré ingeniármelas para que Él no se aperciba. Por lo demás, me las arreglaré para sentirme siempre feliz. Para conseguirlo, tengo mis pequeños trucos, que vos ya conocéis, y que son infalibles... Además, sólo con ver feliz a Dios me bastará para sentirme plenamente feliz»²¹.

Viéndose tan cercana a la muerte, contempla la posibilidad de no recibir los últimos sacramentos. En su época eso se consideraba una auténtica desgracia, hasta el punto de no sentirse especialmente seguros de su salvación los que morían sin dicha asistencia. Suponiendo que le pasara a ella, Teresa da por sentado que sería porque Dios lo permite. En ese supuesto, deja de poner objeciones y acepta el no recibirlos, afirmando con gran tino que puede ser gracia hasta el no poder participar de un sacramento:

«Si una mañana me encontrarais muerta, no os apenéis: será que papá Dios habrá venido a buscarme con la mayor sencillez. Sin duda, es una gracia muy grande recibir los sacramentos; pero cuando Dios no lo permite, también está bien, todo es gracia»²².

Es curioso comparar su actitud con la de Mary Ward, fundadora de las Madres Inglesas e Irlandesas, que llega hasta rechazar los últimos sacramentos, porque la condición que se le pone, para recibirlos, es la de renunciar a lo que Dios le está pidiendo en conciencia²³.

²⁰ O. c., 850.

²¹ *Ibid.*

²² O. c., 864.

²³ Es conveniente, para éste y otros aspectos de la vida de Mary Ward, consultar B. BRAVO S.I., *Mary Ward «mujer incomparable»*, Mensajero, Bilbao 1962.

El considerar el sufrimiento como un regalo de Jesús hace que lo acepte, no como algo horroroso, sino como un auténtico detalle de amor. Esta actitud sería inconcebible si ella pensara más en sí misma que en Él. Sus palabras sueñan a despreocupar a su amado, como si a aquélla famosa frase de que «entre dos que se quieren, con uno que coma basta», se pudiera añadir la de «entre dos que se quieren, con uno que sufra basta». Por eso quita importancia, en su respuesta, a lo que está padeciendo. Su hermana Inés, solamente cinco días antes de su muerte consideraba horrorosos sus sufrimientos. Pero Teresa respondía así:

«No, no es horroroso. A un pequeña víctima de amor no puede parecerle horroroso lo que su Esposo le envía amorosamente»²⁴.

El colmo de este deseo de complacer a Dios con su vida lo manifiesta cuando su hermana María se siente defraudada porque ha rogado para que Teresa no sufriera mucho y la ve sufrir hasta el agotamiento:

«Yo he pedido a Dios que no escuche las oraciones que impidan el cumplimiento de sus designios sobre mí, y que barra todas las dificultades que se opongan a ellos»²⁵.

Con mucho amor en el corazón

Para un observador superficial no hay casi nada en la vida de Teresa que justifique el impacto que supuso todo lo suyo en el mundo católico. De entre las cosas que más llaman la atención está el que fuera nombrada patrona de las misiones conjuntamente con San Francisco Javier. Es tan grande, a primera vista, el abismo que separa estas dos vidas, que hay que bucear en la historia de Teresa para comprender que no les han faltado razones a quienes dieron este paso, para proponerla como modelo de misioneros y protectora de ellos²⁶.

El amor que tiene Teresa a Dios hace que sus deseos se vuelvan desmesurados, si se comparan con la realidad a la que puede aspirar. Ella misma es consciente de esta realidad, puesto que se dirige a Jesús para pedirle perdón por el atrevimiento de aspirar a tanto, pero con el deseo, nuevamente, de recibir todo lo que anhela:

«¡Ah, perdóname, Jesús, si desvarío al exponer mis deseos, mis esperanzas, que rayan en lo infinito! Perdóname, ¡¡¡y cura a mi alma dándole todo lo que espera!!!... Ser tu *esposa*, ¡oh, Jesús!, ser *carmelita*, ser por mi unión contigo *madre* de las almas, debiera bastarme... No es así... Ciertamente, estos tres privilegios constituyen *mi vocación: Carmelita, Esposa y Madre*. Sin embargo,

²⁴ *Obras*, Últimas conversaciones: I. «Cuaderno amarillo» de la madre Inés, 990.

²⁵ *Obras*, Últimas conversaciones: Últimos dichos de Teresa. Recogidos por Sor María del Sagrado Corazón, 1028.

²⁶ Fue el papa Pío XI quien la proclamó patrona principal de las misiones y los misioneros, junto con San Francisco Javier, el 14 de Diciembre de 1927.

siento en mí otras *vocaciones*: Siento la *vocación* de GUERRERO, de SACERDOTE, de APÓSTOL, de DOCTOR, de MÁRTIR. Siento, en una palabra, la necesidad, el deseo de realizar por ti, Jesús, las más heroicas acciones...»²⁷.

Hay que reconocer que no exagera cuando pide perdón por su audacia, puesto que sigue enumerando vocaciones posibles (cruzado, zuavo pontificio), como si las anteriores fueran pocas. Y, al hablar de la vocación de apóstol, se expresa de una manera que justifica el que se pensara en ella para patrona de las misiones:

«Tengo la *vocación de apóstol*... Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre, y plantar sobre el suelo infiel tu Cruz gloriosa. Pero ¡oh Amado mío!, una sola misión no me bastaría. Desearía anunciar al mismo tiempo el Evangelio en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas... Quisiera ser misionero, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguir siéndolo hasta la consumación de los siglos...»²⁸.

No obstante, no es en ese punto en donde ella se detiene en sus anhelos más íntimos. El gran sueño de su juventud fue el martirio. Considera que ese sueño es una locura, pero no porque sea difícil de conseguir en la Francia en la que ella vive sino porque, una vez más, tiene unas exigencias fuera de lo común:

«Pero desearía, sobre todo, ¡oh amadísimo Salvador mío!, derramar por ti hasta la última gota de mi sangre... ¡El martirio! He aquí el sueño de mi juventud, Este sueño ha ido creciendo conmigo bajo los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no podría limitarme a desear *un solo* género de martirio... Para satisfacerme, necesitaría padecerlos *todos*...»²⁹.

Teresa es consciente de su incapacidad para vivir deseos de tanto porte, no sólo en la situación de cualquier persona con más posibilidades que las suyas, sino por lo impotente que se ve para dar cobijo a tantas cosas nobles como le brotan de su interior y porque, supuesto que pudiera darse el imposible de realizar todas esas vocaciones en su persona, tampoco con eso se sentiría satisfecha.

Tuvo que ser San Pablo quien le diera la clave de lo que andaba buscando, cuando incita a los cristianos de Corinto a que busquen los carismas mejores (1 Cor 12,31). Porque, previamente, ha insistido en que no todos pueden serlo todo. Pero, como no pudo conocer a Teresa, no pudo prever la salida que ésta buscaría, precisamente por el lado opuesto a la afirmación paulina: no se trataba de renunciar a todo lo que no se pudiera tener, sino de encontrar algo que lo abarcara todo. Aquí es, precisamente, donde Teresa encuentra su verdadera

²⁷ *Obras*, Manuscrito B: Carta a Sor María del Sagrado Corazón, 227. En todos los textos reproducimos la tipografía de la edición de la que los tomamos. Lo advertimos aquí, porque este párrafo es uno de los más llamativos en ese sentido.

²⁸ *O. c.*, 228.

²⁹ *Ibid.*

vocación: el amor. Y lo hace siguiendo el mismo hilo del discurso de Pablo, puesto que se trata de aspirar a los carismas mejores y no hay otro carisma mejor que éste:

«Sin desanimarme, seguí leyendo, y esta frase me reconfortó: *«Buscad con ardor los DONES MÁS PERFECTOS; pero voy a mostraros un camino más excelente»*. Y el Apóstol explica cómo todos los *dones*, aun los más PERFECTOS, nada son sin el AMOR... Afirma que la *caridad es el CAMINO EXCELENTE* que conduce con seguridad a Dios. Había hallado, por fin el descanso... Al considerar el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o mejor dicho, quería reconocermme en *todos*... La *caridad* me dio la clave de mi *vocación*»³⁰.

Cuando en el centro está Él

Solamente nos queda aludir a algo que es obvio en cualquier relación amorosa: la persona amada. Porque Teresa no es una enamorada del amor en sí mismo, como si se tratara de una joya con la que adornarse para resultar más atractiva o más valiosa a los ojos de Dios. Teresa se da cuenta de que el gran motor de su vida es el amor a Dios, el amor a Jesús, y reconoce en ese motor lo que da sentido a su vida, hasta el punto de sentirse llena en todo su ser, a pesar de la anodina apariencia de su vida diaria.

Su experiencia interior le ha hecho comprender que no tenemos otro tesoro que Dios aprecie en nosotros fuera del amor. Frente a tantas personas de su tiempo que creían ser, en alguna manera, «necesarias» para que Dios llevara adelante sus planes, ella es consciente de nuestra pobreza absoluta en este campo, así como de la riqueza que supone para Dios el que podamos amarlo:

«He aquí todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad alguna de nuestras obras, sino solamente de nuestro *amor*. Porque ese mismo Dios que declara *no tener necesidad de decirnos si tiene hambre*, no vacila en *mendigar* un poco de agua de la samaritana. Tenía sed... Pero al decir: *«dame de beber»*, era el *amor* de su pobre criatura lo que el Creador del universo reclamaba. Tenía sed de amor...»³¹.

Y Teresa se va a dedicar, apasionadamente, a darle a Jesús todo el amor que pueda esperar de ella. En esto lo único que hará será corresponder al amor con el que el Señor la había estado distinguiendo, desde muy pronto, como prueban estos recuerdos suyos de cuando tenía catorce años: «Sobre todo, crecía en el amor de Dios. Sentía en mi corazón impulsos hasta entonces desconocidos. A veces tenía verdaderos transportes de amor»³².

³⁰ O. c. 229.

³¹ O. c. 223.

³² Obras, Manuscrito A: Manuscrito dedicado a la reverenda madre Inés de Jesús, 142.

Es entonces cuando, movida por tanto amor, tiene la ocurrencia de amar a Jesús incluso en el infierno, ya que allí no habría nadie más que lo amara. Y ella misma explica que no lo desea porque no le importe ir al cielo sino, literalmente, porque se ha sentido hechizada por Él:

«Si hablaba así, no era porque el cielo no despertara mi deseo; sino porque en aquel momento mi cielo para mí era el amor, ¡y estaba convencida, como san Pablo, de que nada podría apartarme del objeto divino que me había hechizado!...»³³.

Por tanto, al igual que en todas las personas que se han entregado al Señor, fue Él el primero en entregarse a Teresa. Lo que sucede es que la respuesta de ella fue a lo grande, volcando todas sus energías en corresponder a tanto amor como recibía.

Se sentía tan hondamente amada por Dios, que no le entraba otra cosa en el corazón. Y Dios se servía del entorno de Teresa para recordarle el amor con que se había volcado en ella. Cuatro meses escasos antes de morir vio, al bajar unas escaleras, a la gallina blanca del convento ejerciendo de clueca, con todos sus pollitos agrupados bajo ella. Este cuadro la emocionó vivamente y, a preguntas de su hermana Inés, le aclaró el porqué de sus lágrimas:

«He llorado al pensar que Dios escogió esa comparación para hacernos creer en su ternura. Eso es lo que ha hecho él conmigo durante toda mi vida. ¡Me ha escondido enteramente bajo sus alas!... Hace un rato, cuando nos separamos, lloraba mientras subía la escalera, no podía contenerme más, y tenía prisa por llegar a nuestra celda; mi corazón rebosaba de amor y de gratitud»³⁴.

El Señor aprovechará este amor de Teresa hacia Él, para hacerla amar a los hermanos, sin reparar siquiera en la frontera de la muerte, convirtiéndola en una apóstol de impulsos ilimitados, precisamente por no haber pretendido otra cosa que corresponder a su amor:

«Lo que me atrae a la patria de los cielos es la llamada del Señor, la esperanza de amarle por fin como tanto he deseado, y el pensamiento de que podré hacerle amar por una multitud de almas que le bendecirán eternamente»³⁵.

Pero con Dios en el corazón se puede sentir un desamparo grande, semejante al que sintió Jesús en el huerto de los Olivos. Esto es lo que le pasó a Teresa en los últimos meses de su vida, llegando a sentirse desorientada respecto a los acontecimientos, pero no respecto a la confianza que había depositado en Dios. Se expresaba de esta manera el 1 de Agosto, dos meses antes de su muerte: «No

³³ *O. c.*, 142-143.

³⁴ *Obras*, Últimas conversaciones: I. «Cuaderno amarillo» de la madre Inés, 866-867.

³⁵ *Obras*, Carta al R. P. Roulland (14 de Julio de 1897), 647.

sé cómo haré para morir... ¡Ah, qué abandonada estoy!... ¡Como Dios quiera!»³⁶.

Pero su amor no se va a echar atrás por las dificultades. Sus últimas palabras, mirando a su crucifijo, fueron: «¡Oh, le amo!...¡Dios mío... os amo!»³⁷.

Todo apunta a que Dios le concedió incluso su íntimo deseo de morir de amor, tal como lo manifiesta en una confidencia que hizo a su hermana Inés: «... Todos mis pequeños deseos se han realizado... Por lo tanto, este gran deseo [morir de amor] habrá de realizarse también»³⁸.

Lo que sucede es que ese tipo de muerte no la concibe Teresa como un momento idealizado, desconectado de su relación íntima con Jesús:

«Nuestro Señor murió en la cruz, entre angustias, y sin embargo fue la suya la más bella muerte de amor. Es la única que se ha visto; la de la Santísima Virgen no se vio. Morir de amor no es morir entre transportes. Os lo confieso francamente: eso es lo que me parece que experimento yo misma»³⁹.

Hace falta mucho cariño a Jesús y mucha compenetración con Él para aceptar una muerte como la suya. Pero, si algo resalta con claridad en la corta vida de Teresa, es que, en el propio centro de sí misma, durante toda su vida, habitó Él como dueño por amor.

ANTONIO M. NAVAS

³⁶ *Obras*, Últimas conversaciones: Últimos dichos de Teresa. Recogidos por Sor María del Sagrado Corazón, 1028.

³⁷ *Obras*, Manuscrito C: Manuscrito dirigido a la madre María de Gonzaga. Epílogo, 311. También, *Obras*, Últimas conversaciones: I. «Cuaderno amarillo» de la madre Inés, 997.

³⁸ *Obras*, Últimas conversaciones: I. «Cuaderno amarillo» de la madre Inés. Apéndice, 997.

³⁹ *O. c.*, 878.